

ñanzas del maestro y del vidente, precisa que—como él—apartemos los ojos de las pequeñeces del momento, tan perturbadoras del criterio, y tratemos de comprender las leyes que rigen la historia humana. En ellas aprenderemos, con Tarde, que «las fuerzas opuestas, incapaces ya de ensancharse más, tienen que conciliarse, siguiendo las leyes de la adaptación»; comprenderán los revolucionarios que la sociedad no se transforma en un día y que la violencia retarda la realización de sus ideales; y los retardatarios, que es imposible impedir las transformaciones necesarias, y que ellos mismos las aceleran con la resistencia.

Con una visión cuya agudeza no alcanzamos a ponderar, señala Torres como procesos ineludibles de una de esas transformaciones necesarias, el paso de la familia al clan, de éste a la comuna, de la comuna a la provincia y de aquí a la nacionalidad, para terminar—acaso no muy tarde—en un concepto generoso de humanidad, en una ampliación mundial de nacionalidades.

Desconsuela el pensar que nosotros estamos apenas saliendo—y no del todo—de aquel estado que se confina en rivalidades de familia, y que vivimos en luchas de clan y de parroquia, abarcando el concepto de provincia sólo por sus aspectos antagónicos con las otras provincias y teniendo de la nacionalidad—que es la patria—apenas una noción imprecisa y estéril.

Hablando de José Enrique Rodó—ese hermano espiritual de Carlos Arturo Torres—referíamos que un compatriota nuestro fué recibido cordialmente por el Pensador, y mostrándole un retrato de Torres que estaba colocado en lugar preferente de la pieza de trabajo, le dijo:

—Aquí tiene usted a uno de mis maestros.

¡Maestro de Rodó! Esto es, lo mismo que fué Renán. ¡Qué mayor consagración para el apóstol colombiano y cómo ella es suficiente para llenar de luz y de consuelo la cuarentena ideológica en que vivió y murió nuestro enorme compatriota!

Torres confirma incidentalmente aquella declaración de Rodó cuando advierte que las diferencias entre jacobinismo y liberalismo, que tan sabiamente estudió el escritor uruguayo, lo habían sido antes por el colombiano, en periódicos y ensayos de sociología.

Ponemos fin a este ligero estudio—para el que hubiéramos deseado mayor espacio—con las siguientes verdades del maestro egregio, dignas de su pluma y de su vida:

«El valor que consiste en desafiar la impopularidad y en atacar de frente los prejuicios poderosos, es raro en la raza latina; Goethe dijo una

vez: «Todo francés que se atreve a pensar por sí mismo, es un héroe», mas no es esa una razón que nos vede el levantar nuestras personalidades a la altura de ese heroísmo, sustituyendo, si vale la síntesis, al criterio de lo inmutable, al criterio de lo progresivo

y a las convicciones tradicionales e inquebrantables, las convicciones racionales y perfectibles. Ese es el mensaje supremo de estas paginas».

C. E. RESTREPO.

(Cromos, Bogotá).

Homenaje a Carlos Arturo Torres

TAMBIÉN el noble pensador de *Idola Fori*, tendrá, como César Conto, su *retour des cendres*.

Mas el caso es distinto, y aun contrario. Una larga agonía dilatose para Conto en tierras remotas, donde era apenas un extraño y adonde voluntariamente se había proscrito; en aquel ambiente de tristeza sólo tuvo un amigo para cerrarle los ojos. Torres sucumbió, fulminado súbitamente, bajo los suntuosos artonados de la Legación en que él era Ministro de su propio país, y entre los festejos espléndidos del centenario venezolano; su lecho de muerte vióse rodeado por ilustre concurso internacional, y su frente de moribundo fué besada por la compañera hermosa y por los hijos gallardos que habían de prolongar en la sucesión del tiempo su nombre, su honor, su gloria y sus alabanzas.

En todo y por todo, el contraste resulta de un paralelismo angustioso. Conto conoció en la juventud las embriagueces triunfales, y para él fuerou los evohés de las consagraciones victoriosas. Había visto a los suyos como árbitros del país; mas cuando su tránsito, vencido, medio Colombia miraba regocijado ese vencimiento, que era el del partido liberal. Torres, afiliado al liberalismo precisamente en la hora de principiar el grande eclipse, sólo supo en sus verdes años de las amarguras de la derrota y para él restallaron el dicitario, la contumelia, el sarcasmo: cual él mismo lo cantó simbólicamente en *El Vencido*—que dedicara a aquella bizarra ánima de futuro mártir que fué Juan Francisco Gómez Pinzón—en tal ciclo,

«como última expresión de aceda angustia, así dejó grabadas sobre su frente mustia la injuria sus salvas, sus sombras el dolor».

Y si no pudo ver a los suyos rigiendo los destinos del país, el tránsito de él verificóse en hora blanca de reconciliación nacional, cuando todos, aun sus más fieros adversarios, reconocieron cómo, en una vida de desinterés y abnegación, devorando taciturnamente el agravio inmerecido, había escalado las altivas cumbres de la fama,

y había hecho, con los frutos de su espíritu desdeñoso y superior, brillar una vez más, rutilante y magnífico, el nombre colombiano al través de dos continentes.

Para Conto, la nombradía de intelectual quedó nublada por el polvo surgido de los combates de la acción; para Torres, que no fué hombre de acción, esa nombradía parece cenital, desafiadora del olvido.

Paralelismo doloroso. Contraste tris-tísimo.

Torres es la demostración elocuente de cómo estas democracias, tocadas de analfabetismo, de audacia arribista y de grosero materialismo, son más necesitadas de fuertes inteligencias, de cabezas dominadoras en que, por así decirlo, se acendren las reservas de cerebración acumuladas por varias generaciones. Tal entre nosotros el caso de Santander, de Florentino González, de Rojas Garrido, de Camacho Roldán, de Santiago Pérez, de Carlos Arturo Torres, de Rafael Uribe Uribe y de Pérez Triana—para no escoger sino de entre aquéllos cuyos sepulcros sombream los pliegues de la bandera roja.

Fuera de la educación—obra mirífica del hogar familiar—la instrucción de Torres fué completa, integral, armoniosa y coordinada para hacer de él un sociólogo, un pensador trascendental, apto para tender en los espacios el puente de luz que comuniquen nuestra pristina barbarie canibal con la alta y sólida cultura. Hubo el sillar fundamental, indispensable e irremplazable, de los estudios clásicos, que son la gimnasia óptima para el espíritu por traducir a la palabra rebelde los más íntimos y delicados matices del pensamiento y por ordenar las ideas a la manera que un hábil general ordena previamente sus escuadrones antes de lanzarlos a la carga. Quizá estuviese en lo cierto quien afirmaba que el hombre incapaz de pensar en latín nunca sería escritor de raza. Y Torres dominaba la lengua del Lacio, y para él constituía un encanto aromar sus labios con el perfume de los versos de Virgilio, Horacio, Ovidio y Lucrecio.

Además de los clásicos latinos y es-